

Plaza de Key West

Por VICENTE G. MORALES

A cerca de cien kilómetros de Cabo Sable, punto extremo de la península de la Florida, yérguese una pequeña isla de sólo 12 kilómetros de longitud por 2 de anchura y cuyo nivel sobre el mar es de poco más de 3 metros. Es la más occidental de un grupo que sirve de base a esa maravilla de la ingeniería moderna que es conocida con el nombre de "carretera sobre el mar".

Ese pequeño pedazo de tierra, —ignorado primero, vendido y sujeto a pleito después, mercedado a un súbdito español más tarde e incorporado finalmente a los Estados Unidos—, es, por su tradición, por su historia, más cubano que norteno. En él flameó la bandera de Cuba libre muchos años antes de que ondease en el territorio patrio. En él halló acogedor refugio Narciso López a la vuelta de una de sus expediciones libertadoras. Asilo encontraron allí, igualmente, los cubanos que en la patria no podían realizar a plenitud su labor revolucionaria. Trabajo encontraron en él los que por igual causa se vieron obligados a abandonar la isla. E igualdad los que, al buscar en el trabajo los medios de vida, se encontraron, abiertas de par en par, las puertas de todos los corazones... Refugio acogedor el del Cayo, cuyos primeros habitantes asimilaron tan bien las costumbres del cubano, su cultura, sus modales, su forma de ser y de sentir, que se fundieron finalmente con ellos, pues como ellos deseaban vivir en un ambiente de igualdad y de libertad. Ellos que hasta entonces habían vivido casi ignorados a consecuencia del caótico estado en que se hallaba Norteamérica por virtud de la guerra de Secesión!

No se puede, pues, hablar del Cayo, —hoy que conviene hacerlo para resaltar la espiritualidad del homenaje que acaba de rendirsele al dar su nombre a la vieja plazoleta habanera de San Francisco—, sin referirse a las emigraciones tabacaleras que comenzaron a raíz del levantamiento de Yara y que concluyeron solamente cuando ya en Cuba se podía hablar y pensar sin miedo a la delación y al castigo. Entre esos emigrados los había pobres y ricos, españoles y cubanos por igual, hermanados todos en el noble empeño de ver a Cuba convertida en nación libre e independiente.

Entre los elementos tabacaleros de Tampa y de Cayo Hueso encontró siempre Martí los adeptos más entusiastas. Escrita está en la historia del Cayo, con los más vividos caracteres, la visita que Martí le hizo el 25 de diciembre de 1891. Martí habló a los tabaqueros del Cayo, reunidos en el hotel "Duval", en tonos de tan gran elevación, que sus oyentes quedaron profundamente emocionados y convencidos. —la duda asaltaba a algunos de ellos—, de que aquel hombre era el llamado a ser el verdadero guía de la Revolución.

He aquí, pues, cómo la historia del

Cayo, —hasta entonces sin historia—, se liga de tal modo a la de Cuba, —y a la historia del tabaco en particular—, que al escribir una y otra no se puede prescindir de mencionar, tanto los patrióticos esfuerzos de los abnegados tabaqueros emigrados, como la simpatía y el calor con que en todo tiempo fueron acogidos por los concos. Por esto el alcalde de Key West, —que asistió en representación de la ciudad a la ceremonia de develación de la tarja en la plazoleta de San Francisco—, "reiteró" allí el hondo aprecio que los habitantes de aquella simpática ciudad floridana sienten por Cuba.

Y, si es cierta la existencia del "más allá", especialmente grato tiene que haber sido al espíritu de Ruy de Lugo Viña el hermoso espectáculo que ofrecía la plazoleta de San Francisco la tarde luminosa del 14 de agosto, en la que el alcalde de La Habana señor Castellanos; el de Key West, Mr. Carbonell; representaciones del Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia, de los Emigrados Revolucionarios y de otras instituciones; concejales del Cayo y de La Habana y exploradores de ambas ciudades, le fué dado oficialmente el nombre de Key West. Porque Ruy de Lugo Viña, periodista de altura, —el que, como dijo Eduardo Avilés Ramírez al comentar su trágica muerte, ocurrida el 29 de diciembre de 1937, en momentos en que se efectuaba el vuelo de buena voluntad "Pro Faro de Colón"—, si "vivió y murió en periodista", también vivió obsesionado por la idea de lo que él llamó "intermunicipalidad". Es decir: la unión espiritual de las ciudades, porque, como él sostenía, "gobierno municipal es interés por la ciudad, prolongación de nuestra propia familia y de nuestra propia casa". Y, además, que "las ciudades deben cambiar ideas, proyectos y noticias sobre el resultado de su administración", ya que de ese modo,

conociéndose, podrán avanzar sin tropezos y realizar lo que de ellas exige el bienestar ciudadano. Teoría que adquiere aún mayor extensión al salirse de lo local y llegar a lo universal; pues cuando Ruy de Lugo Viña concurre como delegado de Cuba a la Asamblea de la Liga de Naciones, de Ginebra, obtuvo que la Unión Internacional de Ciudades aceptase su teoría de la "intermunicipalidad", que definió y explicó perfectamente en su obra "L' Intermunicipalité Universalle", (1926). Teoría que en el propio año fué aprobada por el Ayuntamiento habanero y que le hizo decir al doctor Aurelio García Sayán, delegado de los municipios de Lima y El Callao, en la sesión plenaria del Primer Congreso Panamericano de Municipios celebrado en esta ciudad en el mes de noviembre de 1938: "La intermunicipalidad americana es obra y acción exclusivas de Lugo Viña. Su notable inteligencia estuvo siempre al servicio de tan noble teoría y de la fraternidad entre los pueblos de América".

Por esto el acto del 14 de agosto, en que los municipios de Key West y La Habana se pusieron en contacto por medio de sus alcaldes respectivos, para recordar aquellos tiempos en que los emigrados cubanos se refugiaron en el Cayo llevando a él trabajo y bienestar, puede ser considerado como un nuevo triunfo de la doctrina de la intermunicipalidad; porque al cambiarse los saludos protocolares, se establecía entre concos y habaneros un nuevo nexo de unión, una nueva y viva corriente de simpatía presta a dar su fruto en cualquier otro momento. Porque solamente así, por la vía de la comprensión y del conocimiento mutuo, llegarán a amarse tanto los pueblos como los individuos.

La circunstancia histórica que ha hecho del Cayo una cosa viva y palpitante en las entrañas mismas de la

Patria, —alguien ha dicho que sin Tampa y Cayo Hueso nuestra libertad sería un mito—, revivió una vez más ese día 14 de agosto en el que Cuba libre rendía homenaje de gratitud a aquel pueblo tan noble, tan cordial y tan hospitalario. Y así fué cómo se recordó, —para mayor estrechamiento de los vínculos existentes entre Cuba y el Cayo—, la gentileza de ese pueblo comprensivo y justiciero, que erigió un monumento a Martí, que instituyó la Semana Martiana y que dió el nombre del Apóstol a una de sus principales avenidas. ¿Qué menos podía hacer Cuba, —y en particular la ciudad de La Habana—, que corresponder a esos

homenajes dándole a perpetuidad el nombre de Key West a la plazuela de San Francisco? El Ayuntamiento de la ciudad había tomado este acuerdo el 13 de mayo de 1947, a virtud de moción suscrita por los concejales Folgueras, Cisneros, Echevarría y Ayón; y el 14 de agosto se hacía realidad ese acuerdo que tanto le enaltece.

¡Hermoso espectáculo el que ofrecía la antigua plaza, en la que el pueblo habanero se congregó reverente para presenciar la emotiva ceremonia del cambio de nombre! Los alcaldes de La Habana y Key West, dándose la mano junto a la tarja develada entre los aplausos de la multitud, eran como representación del pasado que revivía en el presente. Y al otear el porvenir, uno y otro lo harían seguramente convencidos de que sus respectivos pueblos seguirían apreciándose con el mismo amor y con la misma fe que Martí tuvo en el destino de América y en su tarea liberadora, de la que el pueblo del Cayo fué testigo excepcional.

"Antesala de la libertad, anticipo del futuro fueron el Cayo vecino y sus comprensivos concos y aquella colonia cubana que en un noventa por ciento le invadía comunicándole vida humana y espiritual nuestra", —dijo el doctor José Díaz Garrido, presidente de la Cámara Municipal, al ofrecer el homenaje al pueblo de Key West a nombre del Ayuntamiento capitalino. ¡Antesala de la libertad y anticipo del futuro! En dos solas frases no pueden sintetizarse mejor, —porque los hechos lo prueban por sí mismos—, la íntima relación existente entre los emigrados del Cayo y sus habitantes en la época independentista y la cordial compenetración entre los cubanos y los concos de hoy. La capital del Cayo hoy es, tanto por la semilla de laboriosidad allí sembrada por los tabaqueros cubanos emigrados, como por la capacidad y el ansia de superación de sus habitantes, una población culta, próspera y floreciente. Y, además, una población digna de un pueblo que sabe agradecer.

El escenario donde se le ofreció a ese pueblo el homenaje, hablaría también a sus representantes oficiales del pasado de Cuba; de ese pasado colonial del que hoy sólo quedan allí, como recuerdo, los viejos muros del convento de San Francisco. Por lo demás, la vida intensa de la ciudad se refleja vivamente en los modernos edificios que circundan la plaza y el presente sólo habla, —como en el Cayo—, de capacidad, de trabajo y de ansias de superación.

3

La Geografía y la Historia se dieron otra vez cita en ese 14 de agosto, nueva fecha de unión entre cubanos y concos. Funcionarios y pueblo fueron protagonistas de un hermoso acto de reafirmación patriótica, de hondo sentido humano y espiritual. Porque el Cayo ocupa un puesto de honor en la historia cubana y espiritualmente puede ser considerado como nuestro. Al evocar su nombre, se evocan los días inciertos y azarosos de la lucha independentista. Y es bueno, sano y patriótico evocarlos de cuando en cuando, porque nada puede haber que eleve más a los hombres como el culto a sus héroes, a los forjadores de la nacionalidad. Y también es noble rendir tributo de gratitud a los que en suelo extraño sintieron como propias las desventuras de la Patria y dieron aliento y fuerzas a los que por ella lo sacrificaron todo. Por esto, si el Cayo es una insignificante "herruga" geográfica, si su tamaño es exiguo en comparación con la inmensidad del territorio de que forma parte, para Cuba es de extraordinaria dimensión, porque la grandeza moral no puede medirse por kilómetros, sino por actos; no por palabras, sino por hechos; no por propósitos, sino por actitudes. Y los actos, los hechos y las actitudes de los habitantes del Cayo, serán siempre recordados por Cuba como nuevos hitos en su heroica lucha por la independencia, por la justicia y por la libertad.

M, ay 21/47



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA